

La historia de la literatura: Reflexiones sobre el devenir de la palabra y el tiempo

Carmen Elisa Acosta P.

*Profesora Departamento de Literatura
Universidad Nacional de Colombia*

I. Presentes - Históricos

Las percepciones que las sociedades tienen sobre su pasado están determinadas y determinan la manera como éstas conciben su propio presente. En sus discursos contemporáneos, existe la necesidad de explicar de qué manera han llegado a su situación actual y cuáles son los elementos de diferenciación con dicho pasado y las distancias que deben tomar respecto de él para generar su propio futuro. El pasado surge así como lo que falta, lo que tiende a explicar en parte las relaciones que se establecen en el presente, no sólo a partir de la tradición sino también, a partir de ella, del cambio. El pasado es entonces el modo de representar una diferencia y la historia se encarga de instaurar una puesta en escena del otro en el presente (De Certeau 5). De ahí surge el papel del historiador: generar conocimiento en función del presente.

Con Paul Ricoeur se puede afirmar que es necesario "partir del proyecto de la historia, de la historia por hacer, con el propósito de encontrar en ella la dialéctica del pasado y el futuro y su intercambio en el presente" (Ricoeur 5). La mirada sobre el pasado se enlaza con una propuesta que sólo puede estar determinada en el presente y dirigida hacia el futuro. De esta manera, Ricoeur propone no sólo temporalizar la historia sino también al historiador. De esta forma es posible pensar la ubicación histórica del individuo, el que vive la

historia en su búsqueda de significación del pasado, el que por su dimensión temporal no es autónomo sino partícipe activo de unas circunstancias que lo consolidan como voz particular. Ya el historiador ha abandonado aquella práctica cuyo papel principal era ser guardián del pasado: el historiador se concibe, entonces, como producto de un lugar y de un tiempo en el empeño de los individuos por aprehender su propia temporalidad cargándola de un sentido y de un orden.

Existen, así, por lo menos dos historias: la de la memoria colectiva y la de los historiadores. Si bien su condición no es independiente, las dos surgen de procesos diferentes, cada una con un carácter de posesión y legitimación profundamente arraigado. Pero también dentro de la historia elaborada por los historiadores existen diversas historias, las que quizá en razón de su objeto, o al menos de la aproximación que se tiene de él, se consideran con un cierto nivel de autonomía en el desarrollo de la disciplina.

En el ámbito de los estudios literarios, al menos en nuestro medio, es muy frecuente referirse a la historia de los historiadores, por un lado, y a la historia de la literatura, por otro. Pero, además, da la impresión de que los aportes sobre la historia han estado un tanto ajenos o distantes de las múltiples propuestas desarrolladas en el ámbito de la historia de la literatura, aunque la primera ha intentado acercarse últimamente, si no a las preguntas, sí al menos a las herramientas y los métodos de aproximación de los estudios literarios. Desarrollos como el de la historia de las mentalidades, conceptos como el de narración, representación, imaginario e historia cultural son apropiados para establecer un diálogo entre prácticas históricas, lo que permite bosquejar algunos puntos de contacto. Este contacto es cada vez más necesario dado que la historia de la literatura podría pensarse como una forma privilegiada de historia en la que el lenguaje del historiador se ve cuestionado por su propio objeto, privilegiado a la vez por el hecho de ser la literatura un pasado fuertemente activo en el presente. El historiador es doblemente dinámico en su papel de lector que hace la obra y lector del pasado que se interroga sobre su presente.

Aceptado lo anterior, aquí se proponen algunos interrogantes que permitan vías para el trabajo histórico en el campo de la historia de la literatura. No se trata, por lo pronto, de compartir ni aplicar propuestas en una sola dirección y menos aún de aceptar la pertenencia a una u otra de las tradiciones del pensamiento sobre la historia.

II. Hacer historias

En el siglo pasado, fueron frecuentes los planteamientos conducentes a cuestionar la escritura de la historia con aspiraciones generales y totalizadoras. Recuérdese, por ejemplo, la propuesta elaborada por Paul Veyne en *Cómo se escribe la historia*, en la que asegura que la historia no existe ya que todo es historia, pero además, recalca la necesidad de pensar en múltiples historias provenientes de las necesidades de cada investigador y la manera como éste, mediado por una forma de subjetividad, elabora su trama. El trabajo del historiador no se realiza entonces por medio de una acumulación de datos, documentos e información, sino a partir de una lectura de ellos, a partir de sus propias preguntas en un arduo proceso de elaboración de su propia materialidad discursiva.

De esta manera, en el desarrollo de una trama es como la escritura de la historia supera la noción atomizada de los hechos —en el caso de la literatura, disgregada en obras y autores— y permite, a su vez, plantear una ordenación del tiempo, que se construye a partir de duraciones en las que se busca destacar las permanencias, la pluralidad, las diferencias y el cambio.

Referirse a la trama, en la construcción de la historia, remite entonces al problema central que plantea la concepción de la historia como texto, como textualización de la realidad, o la presencia de la historia como hecho externo al lenguaje pero accesible sólo mediante el texto. En otras palabras, el problema teórico de la diferencia que se plantea entre pensar la historia como hecho del pasado que sólo puede ser transmitido por medio del lenguaje y la historia como metahistoria en su naturaleza esencialmente narrativa. Es así como la historia de las reflexiones sobre la historia está determinada no

sólo por la manera como se vuelve hacia el pasado, sino también por su reconstrucción por medio de la palabra: ésta última entendida como una nueva construcción mediada por el tiempo.

La tendencia narrativa de la historia exige una particular reflexión en el caso de la historia de la literatura en la medida en que no separa claramente los límites entre el discurso de la historia y el discurso de la ficción. En *Metahistoria*, Hayden White afirma: "Para alcanzar esos objetivos consideraré la obra histórica como lo que más manifiestamente es: es decir, una estructura verbal en forma de discurso de prosa narrativa que dice ser un modelo, o imagen, de estructuras y procesos pasados con el fin de *explicar lo que fueron representándolos*" (14).

La narrativización del pasado que propone Hayden White implica aplicar categorías literarias a la historia para, de esta manera, darle una significación. La historia y, por tanto, la historia de la literatura, se pueden concebir como una forma de producción de conocimiento a partir de su escritura como metahistoria. El primer problema que se presenta para una elaboración de la historia de la literatura es, entonces, el que plantea la semejanza entre historia y ficción.

Nos encontramos con la cercanía entre el discurso sobre el que se quiere historizar y el discurso que genera dicha historización. El trabajo del historiador se centra ahora en la preocupación por la materialidad de su discurso. Los lenguajes de la historia actual luchan también con las herramientas de su época. El historiador no puede desconocer las posibilidades que le da su conciencia de la polifonía del lenguaje en la narración de mundos pluricasuales y plurívocos. Esta actitud, cuestionada al extremo, conduce a pensar el interrogante de si hacer historia de la literatura exige al escritor hacer literatura, lo cual implica no sólo una adecuación de las formas, lo narrativo, sino de su papel social en el presente. De allí se deriva un nuevo interrogante: En qué medida, al dar significación a la historia, se le está dando significación a las obras, y a partir de ello cómo participa el historiador en procesos de interpretación tanto de una como de las otras.

De lo anterior se deduce, entonces, que acercarnos al discurso sobre la historia exige remitirnos al polémico asunto de las fuentes. Tenemos, en el caso de la historia de la literatura, una primera inquietud que nos remitiría a aclarar la existencia de una tradición equiparable a la de los anales y las crónicas, en donde la temporalidad se concibe como abierta. De allí se deriva, por un lado, la necesidad de hacer una revisión de la historiografía de la literatura. Por el otro, el problema radica en la noción temporal de las obras literarias, las que se consolidan como hecho del pasado en el momento de su producción y a la vez se desplazan en el tiempo hasta hacerse presentes, en el momento de las posibilidades actuales de la recepción, mediante la lectura.

Pero si la significación histórica no está en los hechos sino en la narración, la pregunta va dirigida a cómo el historiador se enfrenta a la caracterización de lo literario, lo que tiene que ver con el problema de la autoridad y de la moral. El contenido, en este caso la literatura, adquiere nueva forma en la narración histórica, como ocurre para el historiador descrito por White, para quien la representación de acontecimientos y procesos históricos llega a ser su contenido, es decir, dota a la forma de un contenido. El historiador debe entonces preguntarse la manera como debe aceptar esta temporalidad en el caso de la literatura.

La historia ha intentado romper las fronteras de la escritura reconociendo la existencia de otro tipo de fuentes (las icónicas, audiovisuales y gestuales) a las que se les ha adjudicado gran importancia, a la vez que han variado las modalidades de su presentación y articulación. Aún así, para el historiador el documento escrito (también el de lenguaje verbal si queremos introducir allí los valiosos aportes de la tradición oral) continúa siendo privilegiado. Esto no es gratuito, dado el papel que dicha fuente ocupa en la sociedad, en la historia. De igual forma, la historia en su presentación escrita se mantiene como la forma privilegiada (en la elaboración de libros, artículos, textos construidos con palabras), y, en su aproximación o distanciamiento, es consciente de los límites que mantiene con el discurso de la ficción. En estos múltiples intentos,

la historia ha planteado como una opción el proponer la dualidad entre hacer historia y narrar la historia, fundamentada en la tensión entre la narración de la historia y la narración de la literatura. Es el problema siempre presente que plantea la cercanía entre historia y ficción como dos estructuras verbales.

Lo anterior conduce a pensar en qué medida, al dar significación a la historia como temporalidad, se le está dando significación a las obras literarias y, a partir de ello, cómo participa el historiador en procesos de interpretación tanto de una como de las otras. Poner aparte, seleccionar, periodizar, leer, es lo que conduce al problema de las fuentes y la documentación en la historia, y particularmente, en la historia de la literatura.

III. Tiempos largos y tiempos cortos

Varios autores, entre los que se destaca Jaques Le Goff (29), señalan la importancia de tratar los documentos literarios y artísticos como documentos históricos a título pleno, con la condición de respetar su especificidad. Encontramos cómo la denominada historia de las mentalidades, pese a su fuerte tendencia serial, adjudica un papel documental a la literatura como fuente de apropiación de las relaciones entre lo material y lo mental en el curso del cambio social.

La historia de las mentalidades plantea el estudio de las mediaciones y de la relación dialéctica entre las condiciones objetivas de la vida de los hombres y la manera en que la cuentan y aún en que la viven. Las mentalidades remiten de manera privilegiada al recuerdo, la memoria, los gestos, las actitudes y las representaciones colectivas (Vovelle 19).

Si bien se deben conservar las distancias entre las propuestas formuladas por la historia de las mentalidades y la historia literaria, es útil recobrar las experiencias de la primera para pensar en las posibilidades de la segunda¹. Debe tenerse en cuenta que la historia

¹ "Mentalité: Aunque Durkheim y Mauss habían empleado este término en ocasiones, fue Levy-Bruhl en *La mentalidad primitiva* (1922) quien lo puso en circulación en Francia. Así y todo, a pesar de haber leído a Levy-Bruhl, Marc Bloch prefería caracterizar a sus

de las mentalidades asume una fuerte dirección en la que la mentalidad se concibe cercana a "lo mental", próximo a las actitudes psicológicas, pero también se ha desarrollado otra vía de acceso en la que mentalidad tiene que ver con la representación. No sobra recordar las investigaciones encaminadas a plantear las mentalidades como formas de expresión del inconsciente colectivo, análisis no tan distante como podría pensarse de la historia de la literatura.²

Más que una preocupación por cómo se escribe la historia, lo que interesa aquí es cómo se realiza el oficio del historiador, particularmente en su relación con las fuentes. Por esta razón no es problema de discusión la distancia entre la historia de las mentalidades, preocupada por la percepción fundamentalmente de estructuras y sus relaciones, y las posibilidades posteriores planteadas por la historia narrativa.

Para nuestro propósito, la historia de la literatura, es útil detenernos en la manera como Michel Vovelle propone el uso de tres tipos de fuentes: en primer lugar, el conocimiento sobre "huellas", concebidas como fuentes masivas que, al ser organizadas en series, se refieren a ciertas prácticas sociales. Propone además un segundo tipo de fuentes, las iconográficas, que aparecen como privilegiadas para la historia de las mentalidades, ya que logran alcanzar grupos sociales más extendidos que el de las fuentes escritas. En tercer lugar, propone las fuentes que parten del testimonio individual. Allí centra su atención en la literatura considerándola

Reyes Traumatizados de 1924, (reconocida ahora como la obra pionera en la historia de las mentalidades) como una obra de 'représentations collectives', 'représentations mentales' o hasta 'illusions collectives'. En la década de 1930, Febvre introdujo la expresión *outillage mental* que no tuvo, sin embargo, gran éxito. Fue George Lefebvre, un historiador que trabajaba un poco al margen del grupo de los Annales, quien lanzó la frase de 'histoire des mentalités collectives' (Burke 112).

² "¿Pero qué es el inconsciente colectivo? Sin duda deberíamos decir mejor el no-consciente colectivo. Colectivo: común a toda la sociedad en un cierto momento. No-consciente: mal o no percibido por los contemporáneos, porque siendo evidente, hace parte de los datos inmutables de la naturaleza, ideas recibidas o del ambiente, lugares comunes, códigos de convivencia y de moral, conformismos y prohibiciones, expresiones admitidas, impuestas o excluidas de los sentimientos y de los fantasmas" (Ariès 82).

como una de las formas más elaboradas y complejas de esta expresión. La pregunta se dirige en primer lugar a quién testimonia y por qué. Se asume aquí la literatura a la vez como expresión de una conciencia colectiva, como hecho individual y como sistema inconsciente de representaciones de la colectividad. El uso de la literatura es propuesto desde dos perspectivas: primero, tomándola como testimonio, elemento de un reflejo de la realidad social; segundo, por su presencia como discurso voluntario sobre el objeto de análisis del historiador. Afirma Vovelle la necesidad de leer la obra literaria más allá de una forma elemental de reflejo social. Argumenta que “aún en la época del realismo o del verismo, la novela ofrece mucho más que un reflejo, o un testimonio inerte de la práctica social común e impone una lectura más elaborada” (Vovelle 1985, 44).

Para la lectura y el análisis de estas fuentes, Vovelle señala la necesidad de tener en cuenta toda una serie de mediaciones ideológicas de las que participan las representaciones colectivas. Para aproximarse a estas mediaciones, la preocupación está entonces en la temporalidad en la cual se deben inscribir dichas representaciones.

Es evidente, afirma Vovelle, que la literatura, como las otras expresiones de la ideología, al mismo tiempo que la reflejan, contribuyen a formar la sensibilidad colectiva con todos los soportes mentales que le ofrecen. En la larga duración, que muchos concuerdan en reconocer como el tiempo propio de la historia de las mentalidades, la literatura vehicula las imágenes, los clichés, los recuerdos y las herencias, las producciones sin cesar desvirtuadas y vueltas a emplear de lo imaginario colectivo (Vovelle 48). El imaginario es entendido aquí como el conjunto de las representaciones por medio de las cuales la sociedad intenta explicarse a sí misma.

No se puede dejar de reconocer el interés que la literatura ha despertado como objeto de estudio para la historia del imaginario. Esto permite pensar en la posibilidad de una historia de la literatura entendida como una historia de las múltiples lecturas en la reconstrucción de “imaginarios de larga duración”, y la lectura como

comportamiento colectivo que no se desarrolla en su totalidad de manera consciente e individual. Pienso aquí en aportes como el de la función de la literatura en la construcción del imaginario de la nación o de la historia, entre otros.

Vovelle formula la necesidad de una dialéctica permanente entre la larga y la corta duración dada la presencia de fenómenos que pueden transformar completamente la larga duración, evitando así caer en la atemporalidad. No se busca aquí proponer la unidad del devenir, sino la capacidad para medir distancias significativas, diferencias pertinentes. Es el modo de representar una diferencia.

Se propone así una concepción de la temporalidad que afecta los procesos de periodización concebidos como agrupaciones por medio de unidades extensas: la historia de la literatura lo ha planteado en su intento por configurar periodos, corrientes, épocas. Más allá se propone mantener la dialéctica entre las posibilidades del cambio y las "prisiones de larga duración" —abusando, quizá del término de Braudel, quien se refiere a lo que se resiste al cambio en las mentalidades colectivas—, que se podría pensar de manera oportuna, por ejemplo, en la formulación de una historia de los géneros literarios o una historia de la lectura, entre otros.

Surge, por otra parte, el interrogante de si es entonces posible afirmar la especificidad del discurso literario en relación con los demás discursos, planteada la reinserción de la escritura del pasado en la escritura del presente, la presencia continua de una multitud de textos que vienen del pasado y se suman al presente. La historia literaria, aparentemente, a diferencia de otras prácticas históricas, no tiene que recurrir a la reconstrucción de un pasado sino que su pasado está dado en una documentación ya presente, hecha presente a partir de la lectura. Pero a la vez, la historia de la literatura cree, aunque no sea siempre muy evidente y claro, en la delimitación de su objeto. Por su propia materialidad, se tiende a señalar la individualidad del objeto literario y a pensársele como suceso o acontecimiento; sin embargo, uno de los problemas centrales de la historia de la literatura ha sido la selección de las obras y la

creación y la conservación de una tradición. Por otro lado, el problema radica en la noción temporal de las obras literarias, las que se consolidan como hecho del pasado en el momento de su producción y a la vez se desplazan en el tiempo hasta hacerse presentes en el momento actual de las posibilidades de la recepción, momento en el cual se ha propuesto la posibilidad de su existencia, generando nuevamente la tensión entre la historicidad en el texto y el estatuto histórico del mismo. El historiador se encuentra ante el dilema, ya señalado años atrás por Marc Bloch, entre comprender y juzgar, que tiene que ver con la legitimación de la historia de la literatura.

Las obras literarias son esas voces que nos llegan del pasado de manera concreta, fuertemente delimitadas y consolidadas muchas veces por su papel institucional. Aún así, la noción de documentos, de archivos, ya no es algo que pertenece al tiempo pasado, estático, sino al tiempo de la existencia, que le da la historia. La literatura, para seguir nuevamente a Vovelle, en el caso de las mentalidades, posibilita la movilidad, “registra el estremecimiento de la sensibilidad colectiva”.

El diálogo entre el presente y el pasado es el diálogo entre las diversas mentalidades del presente y del pasado. El historiador buscará la manera de detener su mirada sobre éstas. En el caso de la literatura, intentará articular, en límites ya borrosos, lo más individual y lo más colectivo. Quizá éste sea el sentido de la historia y su papel más cercano a lo literario: establecer un diálogo entre diversos discursos con los que se construye el presente, ya que no de otra forma se construyen los distintos procesos de lectura de una obra del pasado. Es así como se puede concebir la práctica de la historia como un acto de lectura.

IV. Representación y lectura

El paso “de una historia social de la cultura a una historia cultural de lo social” se presenta como una opción para revalorar los aportes de la historia de las mentalidades en el abandono de su propuesta cuantitativa. Este es el propósito inicial de las investigaciones de Roger Chartier,³ quien desplazó su atención hacia las prácticas

culturales, hacia la historia cultural, conduciendo su trabajo al problema fundamental de la representación. Prácticas y representaciones sociales que dan sentido a la existencia de los individuos a partir de unas necesidades sociales.

La mirada a partir de la representación se presenta para algunos como problemática no sólo por su carácter ambiguo, sino además, como afirma Carlo Ginzburg, por su abandono de la realidad. Esta polémica sobre la concepción y la escritura de la historia ya había sido esbozada en páginas anteriores. El historiador italiano, refiriéndose a propuestas como las de Michael de Certeau y Hayden White, afirma: "La fuente histórica tiende a ser examinada exclusivamente como fuente de sí misma (según el modo en que ha sido construida) y no aquello que se habla. Por decirlo con otras palabras, se analizan las fuentes (escritas, en imágenes, etcétera) en tanto que testimonios de representaciones sociales: pero al mismo tiempo se rechaza, como una imperdonable ingenuidad positivista, la posibilidad de analizar las relaciones existentes entre los testimonios y la realidad por ellos designada o representada" (22).⁴

No se puede negar la necesidad de volver sobre la problematización del texto y el contexto: Lo social como producción social que se textualiza y lo textual que como tal en la producción social se socializa por parte del historiador. Aunque es importante la polémica teórica sobre la representación, el desconocimiento de una realidad externa al mundo concebido como representación, lo que interesa resaltar para la historia de la literatura es la reflexión que Chartier desarrolla sobre la historia de la lectura.

³ "Los estudios sobre las mentalidades de Philippe Ariès implicaban que las actitudes frente a la infancia y a la muerte eran construcciones culturales, pero en la obra de Roger Chartier este punto se hace explícito. Chartier decide estudiar no tanto a los campesinos o los vagabundos como las maneras de ver a los campesinos y vagabundos que tienen las clases superiores, es decir las imágenes 'del otro'" (Burke 85).

⁴ La polémica sobre la representación es bastante interesante. Sugiero profundizar la propuesta de Gabrielle M. Spiegel: "Llegado a este punto, el historiador (acaso no sin ingenuidad) se siente obligado a inquirir: ¿Qué es entonces lo 'real'? A esta pregunta Chartier responde provisionalmente: aquello que el propio texto plantea como real constituyéndolo como un referente más allá de sí mismo" (136).

Nuevamente aquí se cuestiona el carácter de reflejo que le ha adjudicado el discurso histórico a la literatura. El camino debe dirigirse a “no tratar las ficciones como simples documentos, reflejos realistas de una realidad histórica, sino a plantear su especificidad como textos situados en relación con otros textos cuyas reglas de organización y reelaboración formal tienden a producir algo diferente de una descripción” (Chartier 1992, 40). Además de dicha relación, el texto se convierte en “libro” o en alguna otra forma de producción material, y se consolida en el acto de la lectura.

Chartier, en sus propósitos y trabajos —por ejemplo sobre la historia de libros, lectores y lecturas en la Edad Moderna—, propone integrar espacios de investigación que académicamente se han presentado aislados. Por un lado, el estudio crítico de los textos, ordinarios o literarios, canónicos u olvidados, descifrados en sus disposiciones y en sus estrategias; por otro, la historia de los libros y de todos los objetos que llevan la comunicación de lo escrito; y por último, el análisis de las prácticas que se apoderan de los bienes simbólicos, produciendo así usos y significaciones diferenciadas (1992, 50).

De esta manera, se plantea la transición hacia la historia de la cultura en la pregunta por la correlación de las formas de expresión literarias y artísticas con las actitudes colectivas de la mayoría. La literatura es entendida como práctica social que se manifiesta en el acto de la lectura: su fundamento está en la reconstrucción de sentidos de los textos y en la historia de las apropiaciones. Siguiendo a Michael de Certeau, en el orden de lo fijo por el escrito y de lo efímero por la lectura.

Se puede entonces proponer la literatura como forma de representación colectiva. Indagar por los lectores del pasado es, para el historiador, reconstruir los gestos que han hecho posible el diálogo y así comprender los mecanismos internos con los que vive una cultura, descubrirla por medio de la representación que hace sobre sí misma y cómo, en su relación con mundos creados, los individuos y la sociedad conservan y transforman su propia realidad. La historia del lector posibilita la historia de una sociedad

determinada, en la que se fusionan no sólo un autor, una obra y un lector como factores individuales, sino una sociedad que permite dicha práctica, la caracteriza y se expresa por medio de ella.⁵

Por esto es fundamental para la historia no sólo la aproximación a la materialidad del libro, sino que además es pertinente pensar, en el ámbito de esta propuesta cultural, en una función social de la literatura en la cual debe ser posible, para el historiador, "reconstruir las variaciones que diferencian los 'espacios legibles' —es decir, los textos en sus formas discursivas y materiales— y aquéllas que gobiernan las circunstancias de su ejecución, es decir las lecturas entendidas como prácticas concretas y como procedimiento de interpretación" (Chartier 1994, 24).

Quizá se justifique, a partir de los propósitos anteriores, la necesidad de realizar una revisión historiográfica. No se trata en este caso de la selección de las obras en un sentido excluyente para la mirada histórica, sino que la literatura se carga de un nuevo sentido a partir de la lectura que el historiador efectúa partiendo de sus interrogantes.

La participación de la historia en una sociedad se evidencia necesaria en el momento en que ella asume la conciencia de una tensión temporal, como el reconocimiento de la necesidad histórica de su escritura. Quizá se pueda agregar, volviendo nuevamente a la propuesta inicial, que hacer historia es llenar un vacío del presente. El historiador, como lector del pasado, debe ubicarse de manera consciente en dicho propósito; el lector en su temporalidad, dada su competencia cultural, se hará historiador al completar la obra.

Bibliografía

Acosta, Carmen Elisa. "Lectores del pasado, historia del presente". *Cuadernos de Literatura*. (Pontificia Universidad Javeriana. Departamento de Literatura) 1 (Enero-Junio 1995).

⁵ Algunos de estos elementos fueron desarrollados desde la perspectiva de la recepción (Acosta "Lectores del pasado, historia del presente").

Ariès, Philippe. "La Historia de las mentalidades". *Revista de Sociología* (UNULA. Medellín) (Junio 1990).

Burke, Peter. *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales: 1929-1989*. Barcelona: Gedisa, 1993.

Chartier, Roger. *El mundo como representación. Historia cultural entre práctica y representación*. Barcelona: Gedisa, 1992.

_____. *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV XVII*. Barcelona: Gedisa, 1994.

_____. *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza Universidad, 1993.

De Certeau, Michael. "La operación histórica". *Historia y Literatura*. Françoise Perus, comp. México: Instituto Mora, 1994.

Ginzburg, Carlo. *El juez y el historiador*. Madrid: Anaya & Mario Muchnik, 1993.

Le Goff, Jaques. *Pensar la historia. Modernidad, presente y progreso*. Barcelona: Paidós, 1991.

Ricoeur, Paul. "Hacia una hermenéutica de la conciencia histórica". *Historia y Literatura*. Françoise Perus, comp. México: Instituto Mora, 1994.

Spiegel, Gabrielle M. "Historia, historicismo y lógica social del texto". *Historia y Literatura*. Françoise Perus, comp. México: Instituto Mora, 1994.

Veyne, Paul. *Cómo se escribe la historia*. Madrid: Alianza Universidad, 1984.

Vovelle, Michael. *Ideologías y mentalidades*. Barcelona: Ariel, 1985.

White, Hayden. *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación*. Barcelona: Paidós, 1987.

_____. *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo Cultura Económica, 1992.